

3 de Marzo de 2017. Viernes de Cuaresma

Queridos hijos y hermanos:

Desde el principio de la historia, la de toda la Humanidad, y la de cada uno de nosotros, hay en el mundo en que vivimos un árbol de la vida y un árbol del conocimiento del bien y del mal. El árbol de la vida fue creado por Dios para llenar nuestra existencia de alegría y de sentido, de fuerza para la convivencia y de coraje para el progreso del ser humano. El árbol del conocimiento del bien y del mal es el único que está prohibido, porque qué es bueno y qué es malo no está en manos del hombre decidirlo, sino aceptarlo, descubriéndolo en la naturaleza misma de las cosas.

La Palabra de Dios nos muestra al hombre desobedeciendo aquel primer mandato, y creando en su propio corazón, en sus relaciones humanas y en su entorno vital, un mundo bien distinto de un paraíso. Es el mundo en el que vivimos.

Pero la Palabra de Dios nos muestra a Padre Dios en permanente búsqueda del hombre para que encuentre el camino del paraíso, que ahora se encuentra en el futuro. Y nos muestra también que el otro árbol, el árbol de la vida, no sólo no ha sido destruido, sino que se ha convertido en un árbol fuente de vida, presente en

los signos de la historia que Dios teje con el hombre para que encuentre su propio bien.

Los cristianos encontramos el árbol de la vida en la Cruz de Cristo, porque en ella Jesús, nuestro Salvador, entregó su vida por todos los hombres; en ella pidió perdón y lo obtuvo para todos los hombres. La comunidad cristiana canta el Viernes Santo: *"Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Venid a adorarlo"*. Y al acercarse a poner el beso de la adoración en la imagen del Crucificado, saluda a la Cruz diciendo: *"¡Oh Cruz fiel, árbol único en nobleza! Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto. ¡Dulce árbol donde la Vida empieza con un peso tan dulce en su corteza"!*.

Nuestro Salvador, que murió en la Cruz de nuestras ofensas y pecados, nos habló de su empeño como enviado del Padre presentándose en la parábola como el labrador que no quiere que se corte la higuera que no da fruto, sino que se compromete a cuidarla cavando el terreno del entorno, regándola con cuidado y echándole estiércol para que dé fruto. Lo había anunciado en la sinagoga de Nazaret al inicio de su ministerio evangélico: Es el Año de gracia, la oportunidad nueva que Dios da siempre a todo hombre para que acoja su abundante Misericordia.

El árbol que no da fruto o que no da fruto suficiente de vigor y de coherencia en la comunidad eclesial y en la convivencia social somos cada uno de nosotros, los cristianos. Jesús cuida de nosotros, esperando nuestros frutos. A cada uno de nosotros nos

ha dado y nos sigue dando centenares, miles de oportunidades nuevas, porque es grande su misericordia. El tiempo de Cuaresma que estamos iniciando es el tiempo de la paciencia de Dios, es la hora de la gracia.

Hace poco tiempo que finalizamos las celebraciones del Año Jubilar de la Misericordia, y quiero recordar a todos cómo insistíamos en que el fin de estas celebraciones no significaba el cierre de la Puerta de la Misericordia. Abrimos simbólicamente la puerta de la Catedral el día 13 de Diciembre de 2015 como signo de que teníamos acceso permanente a la Misericordia de Dios. Pero el 13 de Noviembre último no cerramos la puerta de la Catedral en la celebración. Sabemos que la verdadera Puerta de la Misericordia es el corazón del Padre, que hemos visto abierto de par en par en las palabras y en los hechos de Jesús, su Hijo, nuestro Salvador, y que sigue abierto.

Somos tú y yo, es la Comunidad cristiana toda, la que ha atravesado esa puerta y la que tiene y debe mantener abierta la puerta de la Misericordia en todos los encuentros con los hombres de nuestro tiempo, de cualquier clase y condición, en todo momento, también en el momento presente. La misericordia es el programa de la comunidad cristiana, porque ella misma ha nacido de la misericordia del Señor, ha vivido, vive y vivirá de la paciencia y del perdón de Dios Padre, que se ha hecho carne en Jesucristo, nuestro Salvador.

La Madre que veneramos como Madre nuestra es la Madre que estuvo presente en el Calvario, cuando en la tierra entera solo estaba levantado un Árbol de la Vida, la Cruz de nuestro Señor, su Hijo. Allí María, nuestra Madre, escucha de labios de Jesús la súplica de perdón por todos los hombres, también por los que le habían llevado a la Cruz y los que le habían crucificado. En la persona del discípulo amado, allí la recibimos como Madre, y allí fuimos nombrados por el mismo Jesús hijos suyos. No podemos seguir otros pasos, ni escuchar otras voces que los pasos y las voces de la que llamamos Reina y Madre de Misericordia.

Este título de María se hizo visible realidad cuando en el Cenáculo esperó la venida del Espíritu Santo rodeada del grupo de los discípulos de su Hijo. Allí estaba Pedro, el que negó por tres veces conocer a Jesús o ser de su grupo. Allí estaban todos los que le habían abandonado, los que le habían dejado solo. Y María, Madre y Maestra, con inmensa ternura, fue recomponiendo las heridas de aquellos corazones, fue llenando su memoria creyente con las cosas de Jesús que solo ella sabía, y que tantas veces había guardado en su corazón.

En la homilía que pronuncié en Teror en la última Solemnidad de Ntra. Sra. del Pino, nuestra Patrona, terminaba diciendo: *"La Iglesia Diocesana quiere mirar la sociedad y la misma Iglesia con los ojos misericordiosos de la Virgen que invocamos en la Salve. Quiere ser comunidad de perdón, de acogida, de cercanía, de sanación de heridas, comunidad que trata con*

*misericordia porque hemos visto en Jesús el rostro de la misericordia de Padre Dios, que nos trata con misericordia a nosotros".*

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠ Francisco, Obispo